

May. 1876

NUEVA NOMENCLATURA

DE LAS CALLES DE BOGOTÁ.

Inconvenientes del sistema vigente.

La denominacion de las calles de la ciudad de Bogotá hecha en el año de 1851 poniéndoles nombres de provincias, naciones y batallas, no ha calado en las costumbres, y hoy todavía son muy pocas las personas que saben el nombre de la carrera en donde viven.

Todas las calles se denominaron conforme á la nomenclatura que ha regido hasta ahora á las carreras, pero ni aún siquiera se tuvo el cuidado de llamar con un mismo nombre una calle recta de un extremo á otro, sino que de la plaza para arriba y de la plaza para abajo y al Norte y al Sur, la misma calle tenia diferente denominacion. Por ejemplo la calle de San Juan de Dios, que del puente de San Victorino á la Calle Real se llama Carrera de Bogotá, de la Calle Real para arriba se llama Carrera de Antioquia, la que del Norte hasta la calle de San Miguel se llama Carrera de Tunja, de la calle de San Miguel para el Sur se llama de la Buenaventura, &c.

Como estas denominaciones son arbitrarias, sin fundarse en ningun principio, no han podido retenerlas ni fijarlas en la memoria los habitantes; y como no hay regla ninguna de criterio que aplicar para saber que orden llevan y poder buscar la que se necesita, todo es confusion.

Nuevo sistema.

PALPANDO estos inconvenientes, la Municipalidad de Bogotá ha derogado esta nomenclatura y dispuesto que se llamen *calles* las que corren en la direccion Este Oeste, ó sea de los cerros hácia la Sabana, y *carreras* las que se cruzan con éstas en la direccion Norte Sur; distinguiéndose las Carreras unas de otras por un número segun su distancia de la plaza hácia el Oriente ó el Occidente, y las calles lo mismo á proporcion que se alejan de la plaza de la Constitucion hácia el Norte ó el Sur. Con sólo poner nombre diferente á las que corren de Norte á Sur de las que corren de arriba á bajo, hay ya un principio de claridad y facilidad para dar las señas. Desde que uno dice: *calle*, se entiende que es alguna de las que van de abajo para arriba; y desde que dice: *carrera*, que es alguna de las transversales.

Desde que se dice: *calle*, se puede comprender que es una vía que no puede ser

carretera en toda su extension, porque tiene una parte por lo ménos de subida pendiente, mientras que las Carreras casi todas son ó pueden hacerse carreteras.

Con esta distincion de *calle* y *carrera* y sabiendo á cuantas cuerdas de la plaza está la en que uno vive, puede dar las señas con la mayor facilidad.

Las líneas que sirven de eje ó punto de partida para la numeracion son la *Carrera* Norte Sur desde San Diego á las Cruces, y la *calle* Este Oeste ó sea la que pasa por la esquina de la catedral, desde donde empieza arriba de la Candelaria hasta la plaza de los Mártires. En todas las esquinas debe encontrarse, pues, la denominacion así: en la línea Este Oeste, ó sea de arriba á abajo, *Calle* 1.ª 2.ª 3.ª ó lo que sea, y en la direccion Norte Sur *Carrera* 1.ª 2.ª 3.ª ó lo que sea.

En cualquiera esquina de la ciudad puede uno, pues, orientarse y saber para donde debe coger para ir al local cuyas señas le han dado.

Convencidos de las ventajas y sencillez de este sistema, único lógico y racional de determinar en una ciudad el local que quiere designarse, rogamos encarecidamente á las Autoridades encargadas de la ejecucion que no lo dejen escrito.

Ya quisiéramos ver borradas las antiguas denominaciones y puestas en las esquinas las sencillísimas inscripciones prevenidas en el acuerdo de la Municipalidad.

Estamos seguros que dentro de dos años no habrá quien no dé perfecta y fácilmente las señas de cualquier local.

La numeracion debe ser invariable en lo sucesivo, puesto que empezando del centro, cuando se construya una calle nueva porque la ciudad crezca, le tocará naturalmente el número que le corresponda sin alterar en nada el de las que hoy existen.

LA VERDAD

SOBRE LAS CONGREGACIONES RELIGIOSAS. (CONCLUSION).

La respuesta es, pues, abrumadora y no admito réplica. La instruccion dada por los Hermanos, infinitamente superior á la de los maestros laicos, es tambien mucho más económica. La estadística oficial y las investigaciones privadas están de acuerdo en estos dos puntos.

¿Es verdad, sin embargo, que esta instruccion excelente y económica es impopu-

1876

lar, y que con razon ó sin ella el pueblo no la mira bien? Seria esto muy extraño; pero en fin, si el pueblo soberano tiene este capricho, seria difícil no respetar su voluntad. Pero, dicen los enemigos de la enseñanza congregacionista, ¿cómo negar que es tal la voluntad del pueblo, cuando en las elecciones municipales da la mayoría de sus votos á los que inscriben en su programa la enseñanza gratuita, obligatoria y laica?

Es verdad: este pobre pueblo á quien se engaña adulándolo y que toma por sus verdaderos amigos á los que le prometen que harán cesar sus miserias, elige frecuentemente para que lo representen en los consejos municipales á enemigos declarados de los Hermanos y de su enseñanza. Pero vamos á probar que los elige á pesar de aquel artículo de su programa y que no deja pasar ninguna oportunidad sin manifestar su simpatía por los Hermanos y la preferencia que tiene por sus escuelas. Todavía hablarán las cifras oficiales.

En casi todas las ciudades cuyas Municipalidades han expulsado de las escuelas comunales á los Hermanos, los mismos padres de familia que habian elegido las Municipalidades han protestado contra estas expulsiones: han continuado enviando á sus hijos á las escuelas congregacionistas convertidas en escuelas libres y privadas de todas las ventajas de las comunales; se han encargado voluntariamente de mantener á los Hermanos, y donde las escuelas de estos buenos religiosos eran demasiado estrechas, muchos han preferido dejar á sus hijos sin instruccion á mandarlos á las escuelas laicas. Así es como en Lyon, el número de los niños pobres cuyos padres rechazaron la enseñanza laica subió á 11,000, cifra enorme afirmada oficialmente por el Prefecto del Ródano. En Tolosa, las escuelas de los Hermanos que ántes del 4 de Setiembre eran comunales y recibían 3,642 niños, convertidas en libres despues de la expulsion de sus locales de la ciudad, conservaron 3,103 alumnos, al mismo tiempo que las escuelas laicas no podían reunir más de 612 en sus vastos salones en su mayor parte desiertos. Y, sin embargo, la Municipalidad nada economizó, puesto que los gastos de la enseñanza primaria que con los Hermanos no eran sino de 36,000 franceses, subieron en 1878 á 244,000 francos.

En Saint Etienne, Narbona, Clermont-Ferrand, iguales resultados. En esta última ciudad los Hermanos no perdieron un solo

alumno: tenían 1,042 ántes del 4 de Setiembre, y despues tuvieron 1,043, al paso que la escuela comunal laica sólo contaba 60 alumnos.

Otro ejemplo, y será el último que cito, de la oposicion entre las ideas de los Concejos municipales y sus electores. El Departamento de Touille tenia una escuela de Hermanos á que asistian 130 alumnos. Despues del 4 de Setiembre el Concejo municipal, queriendo imitar á los Concejos de las grandes poblaciones, expulsó á los Hermanos y en su lugar colocó á un institutor laico. Los habitantes del Departamento establecieron entónces á los Hermanos en una propiedad privada, á la que los siguieron todos sus alumnos, incluso los hijos de los mismos miembros de la Municipalidad. El institutor laico gozó de un sueldo de 700 francos sin tener un sólo alumno. ¿Hé aquí cómo están de acuerdo las ideas de los electores con las de los elegidos!

Para dejar á un lado los hechos particulares, y llegar á un hecho público y general, los Hermanos de la Escuela Cristiana que el 1.º de Enero de 1870 contaban en sus escuelas comunales 220,032 niños, tenían 211,119 el 1.º de Enero de 1871. Todas las violencias y excitaciones diarias de los periódicos revolucionarios no habian conseguido quitarlos, al fin de cuentas, más que 8,913 niños, pérdida insignificante, compensada de sobra por el aumento considerable de sus escuelas privadas.

Es necesario, pues, que los enemigos de los Hermanos, que conservan aún el sentimiento, ó á lo ménos lo que yo llamaria el pudor de la libertad, tomen su partido. No suprimirán la enseñanza congregacionista si no suprimen á los mismos Hermanos: mientras éstos puedan abrir una escuela, la escuela tendrá todos los alumnos que puedan recibir. El buen sentido del pueblo y el instinto de los padres de familia serán más fuertes que las prevenciones y las calumnias.

En cuanto á los radicales que no se cuidan ni de conservar la máscara del liberalismo y que repiten en alta voz, haciendo coro á Bismark, que la fuerza vence al derecho, podrán, si llegan á apoderarse del Gobierno, suprimir la institucion de los Hermanos, pero no podrán reemplazarlos. Los maestros, sobre todo maestros como éstos, no se improvisan, y sería una ilusion extraña imaginarse que los institutores laicos bastarian á esa inmensa necesidad. ¿Se conoce á qué precio, con qué

109

F. 3985

dificultad, por medio de qué compromisos se consigue en la actualidad reunir el personal de los institutores? ¿No se sabe que a pesar de los esfuerzos de todo género, del aumento de los sueldos, de las promesas de nuevos aumentos y de la progresión creciente de los gastos de la instrucción primaria, el personal siempre es incompleto? El Ministro de instrucción pública lo declaraba con dolor en la apertura del Consejo superior en el mes de Noviembre de 1874, y decía la verdad, porque en lugar de 3,000 aspirantes para proveer á las necesidades más indispensables, en 1873 solo se habían presentado 2,000. El mal es tan profundo y tanto se ha hecho sentir, que en el mismo año de 1873, 29 Concejos generales han manifestado las mismas inquietudes que el Ministro, y confesado que sus escuelas normales iban en decadencia. ¿Qué sería, pues, si se cerraran las 2,000 escuelas públicas ó libres de las Congregaciones en cada una de las cuales hay por lo ménos tres hermanos, y si los 500,000 niños que en ellas se educan quedarán sin maestros? Habría absoluta imposibilidad de reemplazarlos, aun cuando se gastaran millares; y la enseñanza de los Hermanos dejaría el lugar no á la enseñanza laica sino á la ignorancia y ociosidad. Hé aquí á qué resultado conducirían infaliblemente la supresión de las escuelas congregacionistas y los esfuerzos de los revolucionarios, partidarios de la instrucción gratuita y obligatoria.

Por lo demas, se enganaría el que creyera que nuestro amor á los Hermanos y á su enseñanza va hasta desear la supresión de las escuelas ó institutores laicos. A más que hacemos justicia al bien que realizan en mil puntos diversos estos hombres modestos y abnegados cuando han conservado el sentimiento de sus deberes y comprenden la alteza de sus humildes funciones, sabemos que los Hermanos no pueden bastar á todo, que su ministerio no podría extenderse fuera de las ciudades y poblaciones de alguna importancia, y que en la casi totalidad de los departamentos rurales no hay ni podría haber sino institutores laicos. Como los que más, hacemos nosotros votos sinceros para que la formación y situación de estos institutores se mejoren: nadie aprecia más que nosotros los inmensos servicios que prestan en todas sus partes en que dan á los niños junto con la instrucción primaria la educación moral y religiosa, inseparable de la instrucción y base de toda

existencia honrada y feliz. Después de la fortuna de tener un buen Párroco, no hay felicidad mayor para las poblaciones que tener buenos institutores, y estamos seguros de que una de las primeras preocupaciones de nuestros Obispos es cooperar con toda su influencia á la buena dirección de las escuelas normales y primarias y á la educación cristiana de los alumnos que han de ser más tarde institutores.

Hemos querido defender las Congregaciones de los Hermanos sin atacar á nadie: hemos establecido la superioridad de su enseñanza sólo para responder á las acusaciones de ignorancia, de codicia y de impopularidad que contra ellos se han sostenido, y sólo hemos procurado demostrar por medio de su historia, por la exposición de los servicios que prestan, por los resultados que obtienen y por las simpatías que inspiran, que suprimirlos sería faltar á la justicia, violentar la voluntad de las naciones, atentar contra la voluntad de los padres de familia y arruinar por largo tiempo la enseñanza de los niños del pueblo en la mayor parte de las ciudades y grandes Departamentos de Francia, sin otro resultado que aumentar las contribuciones y cargas que pesan sobre los ciudadanos.

(El Constitucional).

EL TIEMPO—EL RELOJ: SU HISTORIA.

“MARAVILLOSO es, dice un autor, el espectáculo de los esfuerzos intentados desde las más remotas edades para satisfacer la innata necesidad que siente el hombre de medir el tiempo.” En efecto, por más que penetremos en la oscuridad de los siglos prehistóricos, vémosle ocupado en resolver este problema, cuya importancia conoce intuitivamente.

Porque no pienses, caro lector, que haya sido cosa fácil la solución de dicho problema; hanse necesitado más de cincuenta siglos para darte ese reloj que miras indiferente, por estar acostumbrado á verlo en todas partes, así en los dorados salones del opulento magnate como en la humilde vivienda del artesano, y merced al cual percibes, por decirlo así, el curso de tu vida y puedes fijar la duración del trabajo y del descanso, distribuir las horas del día entre tus variadas ocupaciones, y presentarte en el momento oportuno á donde te llamo el deber de los negocios de la vida pública y privada.

LAS FLORES Y LAS HORAS.

Bajo el poético cielo de la India, en aquellas doradas llanuras cubiertas de flores y de sol, ha nacido durante la noche el capullo virginal de la rosa. A los primeros albores de la aurora desprende del verde cáliz su linda cabeza, y se desarrolla y se abre á medida que el sol va subiendo sobre el horizonte para inclinarse mustia y ajada cuando el astro del día ha llegado á la mitad de su carrera.

Entonces es cuando el girasol levanta sus finos estambres para embalsamar el bosque con sus perfumes. Más tarde el tulipán abrirá sus hojas de púrpura y oro, y sus pétalos, al desprenderse de la corola, marcarán la caída del día.

Estas circunstancias debieron llamar la atención de los pastores indios, y les sirvieron como de hitos ó mojones para la división del día. Así vemos que decían: “Es la hora del capullo, la hora del tulipán,” como nosotros decimos: “Las cuatro, las diez de la mañana, el mediodía, las tres de la tarde, las seis de la noche.” Este fué sin duda el primer reloj que usaron los hombres.

RELOJ SOLAR.

ALGUN tiempo después el genio religioso y observador de la Caldea hace adelantar un paso al arte cronométrico.

El espectáculo de los cuerpos proyectando su sombra en distintas direcciones, según la diferente posición del sol, sugirió al pastor caldeo, aficionado á observar el movimiento de los astros, la idea de colocar sobre una superficie plana una aguja perpendicular, cuya sombra, recorriendo las varias divisiones señaladas en el plano, indicara la diferente altura del sol sobre el horizonte, ó sea el espacio recorrido por el astro en su carrera diurna. Tal es el reloj de sol, ese instrumento primitivo que aún hoy ofrece el único medio de rectificar las imperfecciones de nuestros instrumentos mecánicos.

Al mismo tiempo el Egipto construía guomones sobre esos obeliscos de granito, gigantescos monumentos del poder de los Faraones.

Aunque el reloj solar era ya un gran progreso sobre el reloj de flores, más poético sin duda pero ménos universal y exacto, no podía satisfacer completamente la necesidad que sentía el hombre de un instrumento que le permitiese medir el tiempo con entera independencia del estado de la

atmósfera y de la presuncia ó ocultación de los cuerpos celestes.

Así, pues, tras el reloj solar apareció el de arena, y no mucho después el de agua ó *clepsydra*.

RELOJES DE ARENA Y CLEPSYDRAS.

EL reloj de arena es demasiado conocido para que nos detengamos en describirle. Sólo diremos que se remonta á la más alta antigüedad; pues, según Willkelman, se le va con la misma forma que tiene hoy en un antiquísimo bajo relieve representando las bodas de Tétis y Peleo. El artista lo ha colocado en la mano de Morfeo, dios del sueño, para indicar que mide sus favores á los dioses del Olimpo; pues, como sabes, querido lector, eran aquellos unos dioses de tan extraña condición, que tenían necesidad de comer, beber y dormir como nosotros, miseros mortales.

El reloj de agua ó *clepsydra* era un instrumento ménos defectuoso, aunque por otra parte muy sencillo; componíase de un vaso en cuyo extremo habia un pequeño tubo por donde el agua caía gota á gota en un recipiente de cristal; levantábase el líquido en dicho recipiente, en cuyas paredes estaban marcadas las divisiones del día, ó indicaba las horas casi con la misma exactitud que el reloj solar.

Los mecánicos griegos completaron bien pronto el aparato con un cuadro de agujas; y uno de ellos, el célebre Clesibio de Alejandría, llegó por medio de un sistema de ruedas, movidas por el agua, á señalar los días, los meses, los signos del zodiaco y hasta á hacer tocar una trompeta.

Al tratar de los relojes hidráulicos de los antiguos, no puede pasarse en silencio el que hizo construir Sapor, Rey de Persia. Era de cristal, y de dimensiones tan espaciales, que podía entrar un hombre dentro de él y sentarse con toda comodidad. Aquel valiente guerrero, terror del Imperio romano, instalábase con frecuencia en aquel extraño observatorio para estudiar el curso de los astros.

Arquimedes, según el testimonio de escritores contemporáneos, habia construido una máquina que funcionaba con el auxilio de pesos y resortes, presentando en su esfera el curso del Sol, de la Luna y de los diferentes planetas conocidos en aquella época; mas la prematura muerte del inventor, asesinado por un soldado borracho en la toma de Siracusa, hizo que se perdiese el secreto de aquel maravilloso mecanismo.